



INTERROGANTES Y CONSIDERACIONES PARA LA PAZ

LEOPOLDO DÍAZ COMBARIZA

Arquitecto

Conferencia Estatutaria de Posesión como

Miembro Correspondiente de la

Sociedad Geográfica de Colombia.

Como un ciudadano más entre millones, consciente de la tragedia que para nuestra patria ha significado el larguísimo conflicto armado que la desangra, postra y divide; como persona que sin ser perito en él, le ha correspondido vivir durante décadas en un país sumergido en la violencia; como angustiado observador de lo que el genio de Goya llamará "Los Desastres de la Guerra", aquí, ante tantos expertos auténticos en el tema, por gentil invitación de la Sociedad Geográfica de Colombia, me permito presentar a ustedes algunos interrogantes y consideraciones que, a mi juicio, deberían ser analizados y tenidos en cuenta, si es que verdaderamente se desea poner fin a un conflicto por su desusada duración, singular barbarie y extrema complejidad, único en la cruenta historia del siglo XX.

Al tratar de darle cumplimiento a esa para mi inesperada cuanto desacostumbrada tarea, ante todo quiero públicamente dejar sentado que para ello no me anima la intención de ser original, menos aún la fatua pretensión de formular soluciones. Solamente el deseo de dar siquiera mediana respuesta al requerimiento de una institución tan antigua, respetable y seria como es la Sociedad Geográfica de Colombia, la cual me hace hoy el honor de recibirme como su miembro correspondiente. Y, a la par, respetando los criterios diferentes al mío, ejercer el derecho constitucional a opinar libremente sobre un asunto vital para la supervivencia de nuestro país y de sus gentes.

Así y porque opinar en mi modesta condición de ciudadano particular, obviamente no es ordenar, determinar o imponer, en primer término quiero manifestar que coincido con el criterio según el cual para obtener el éxito en la prospectación y realización de los diálogos y, ojalá, en la ulterior consecución de la Paz definitiva, tanto el gobierno y la sociedad civil como los alzados en armas de todas las tendencias, deben obrar con seriedad, buena fe, decisión y coordinadamente. En consecuencia, como también lo señala la Constitución, con la dirección de todo proceso por parte del Estado permanentemente centrada en el presidente de la República, ciudadano legítima e incuestionadamente elegido para ser el personero de la Nación. En segundo término, expresar que igualmente coincido con el criterio de los que estiman que los diálogos no solamente deben llevarse a cabo con la guerrilla sino también, así sea al comienzo en mesas separadas, con los paramilitares. Ni a la primera, ni a los segundos puede admitírseles ningún derecho a vetar el que ellos se adelanten con la una o con los otros.

Establecidas estas dos premisas, estimo que, como al principio lo anunciara, para que los esfuerzos que se han hecho a fin de establecer una zona de despeje y el próximo 7 de enero empezar oficialmente los diálogos con las FARC no resulten vanos, deberían ser analizados los siguientes interrogantes y consideraciones:

- Aunque la subversión guerrillera contemporánea colombiana tiene ya 50 años, ella se ha cumplido dentro de tres etapas diferenciadas: la de 50 y 40 años atrás, motivada por agudas confrontaciones políticas bipartidistas y apoyada por el liberalismo; la de hace 30 y 20 años motivada por el propósito de imponer las tesis marxistas y apoyada por la Unión Soviética y Cuba; la de los últimos 15 y 10 años, que no obstante continuar diciéndose en algunas de sus ramas inspirada por las mismas tesis, perdido ese apoyo foráneo ha enfocado sus acciones bélicas a la consecución de millonarios ingresos, convirtiéndose, qué paradoja! en otro grupo concentrador del dinero, es decir, en un practicante más, así ello haya sido por la vía de la ilegalidad y de la violencia, de la línea económica ultracapitalista que ellos dicen atacar y los paramilitares pretenden defender.
- Esas diferencias ocurridas en el desarrollo de los movimientos alzados en armas durante este medio siglo, dan pie para afirmar que de ninguna manera es lo mismo haber hecho la Paz con un Guadalupe Salcedo que haberla podido hacer con un Fabio Vásquez Castaño o que intentar hacerla ahora con un Manuel Marulanda el cual, como guerrillero más viejo del mundo que es, ha atravesado impávido las tres etapas, con un Antonio García y, menos todavía con un Fidel Castaño. Ahora bien:
- Una insurgencia armada guerrillera que hoy así actúa y a la que no se le conoce ninguna realización visible de evidente beneficio colectivo popular, puede proclamarse, sin caer en una monstruosa contradicción, como defensora de las clases más necesitadas de la sociedad y contrapuesta a la concentración del dinero en unas solas manos esencia y norte del llamado capitalismo salvaje?. Por otra parte, transcurrido medio siglo desde el asesinato de Gaitán, alguien objetivamente puede sostener:
- ¿Qué en Colombia se han producido los cambios estructurales socioeconómicos necesarios para el logro de una más equitativa distribución del ingreso?.
- ¿Qué se han atacado así, franca y eficazmente, las desigualdades sociales y económicas contra las que la subversión afirma luchar?.
- ¿Qué se ha suprimido o frenado el progresivo aumento de la concentración de los bienes de producción y del capital?.
- ¿Qué se ha ejecutado una auténtica reforma agraria, redistribuido la tierra apta para la producción agropecuaria concentrada en manos improductivas; facilitado la tecnificación del campo y el acceso popular al crédito y a la comercialización de sus productos y, para ello, construido los centros de su distribución y la infraestructura vial indispensables?.
- ¿Qué se ha suprimido o frenado la voraz especulación, legal e ilegal, con la tierra y la vivienda urbanas?.
- ¿Qué se ha puesto al alcance de las gentes de bajos ingresos, o sea, de la inmensa mayoría poblacional, la educación, la salud, la cultura, la vivienda, la recreación y el acceso al trabajo dignamente remunerado?.

Respecto a la dramática desigualdad de oportunidades característica de la sociedad colombiana, monseñor Germán Guzmán Campos en su conocida biografía del padre Camilo Torres Restrepo, 30 años atrás decía: "Puede darse equilibrio entre la opulencia desafiante de una minoría y la miseria ominosa de

una inmensa mayoría?”. Y sobre la misma circunstancia, recientemente Alberto Mendoza Morales en “Bases de una Política de Paz” ha señalado: “La política de paz depende de cómo veamos el diagnóstico de la nación. Será diferente si nos detenemos en los efectos que producen los problemas que la aquejan, o si se actúa sobre las causas que los generan”. Y en “Urabá, Hipótesis de Pacificación y Desarrollo”, que “ Todo se ha atacado menos la causa de la guerra, el subdesarrollo, la injusticia, la marginalidad y la inseguridad”.

Los anteriores interrogantes y consideraciones, como otros muchos que harían interminable esta intervención, deberían llevar a la sociedad civil pero, sobretodo, a su dirigencia a reconocer que:

- De esas raíces proviene en no despreciable proporción, el abandono del agro, la acelerada baja de su producción, la violencia e inseguridad rurales, los desplazamientos masivos de campesinos a las ciudades, la tradicional urbanización de la Sabana de Bogotá y demás terrenos agrícolas y forestales circundantes de otras capitales, infrahumanos cinturones de miseria que las cercan y la violencia e inseguridad urbanas.
- De esa raíz, igualmente, proviene el debilitamiento o desaparición de varios de los sellos morales que antaño distinguieran a la mayoría de los colombianos. Entre ellos: el amor al trabajo honrado y tenaz, la descalificación del enriquecimiento doloso, fácil y rápido y el respeto a la palabra empeñada.
- Por consiguiente, la escandalosa expansión y consolidación de la corrupción pública y privada, convertida en la modalidad de moda de ascenso y prestigio social, merecedora de admiración y reverencia, y la permanente burla a los compromisos adquiridos.

Dichas realidades conducen, así mismo, a reconocer:

- Que son raras excepciones, singularmente la primera presidencia de Alfonso López, la mayoría de los posteriores gobiernos durante 60 años en poco o en nada han propiciado las transformaciones sociales y económicas fundamentales para hacer de la nuestra una sociedad más justa, equitativa y avanzada. A la vez, también con muy raras excepciones, las clases dirigentes públicas y privadas, habitualmente se han mostrado impermeables a la urgencia de lograr tales transformaciones, de las cuales depende no solamente la supervivencia de las mayorías nacionales sino la suya propia.
- Que aunque transitoriamente puedan llegar a pacificarse mediante la fuerza algunas áreas subversivas, la paz generalizada en toda la geografía nacional no se conseguirá por ese camino sino por medio del diálogo y los acuerdos con todos los grupos alzados en armas. El caso de la paz con el M-19 es una demostración aislada y en pequeño de lo que podría lograrse en conjunto y en grande.
- Que el ansia de lucro y provecho personal ha venido teniendo una progresiva y determinante influencia en todos los sectores involucrados en el conflicto armado: - En las Fuerzas Armadas oficiales, a causa de las crecientes billonarias partidas asignadas para la defensa. - En la Guerrilla, a causa de la colosal acumulación de dineros provenientes de inhumanas y cobardes prácticas como el asesinato, el secuestro, la extorsión y las “pescas milagrosas” de ciudadanos indefensos y la “protección” forzada impuesta a las empresas transnacionales, a los cultivadores de plantas ilícitas y a las mafias del narcotráfico. - En los paramilitares, a causa de los no menos inhumanos y cobardes asesinatos, secuestros y extorsiones de los trabajadores del campo, de quienes propenden por los cambios o laboran en pro de los humildes y de los líderes sindicales rurales y urbanos. - En los traficantes internacionales de armas, a causa del rentable y atroz negocio que hacen con cada uno de los antedichos actores de la guerra para que con sus mercancías aneguen en sangre a nuestro país.

- Que los mismos intereses de tipo económico son también los que, abierta o soterradamente, motivan a los enemigos de la paz incrustados en las tres ramas del poder público y en la dirigencia privada.

A todo lo anteriormente expuesto debe, finalmente, agregarse unas cuantas realidades más que facilitarían los diálogos y la consecución de la paz:

- Las experiencias de El Salvador, Guatemala y Nicaragua demuestran que, pese a los que en nuestro medio interesadamente tratan de hacer creer lo contrario, si pueden desarrollarse diálogos exitosos, acuerdos provechosos y una paz generalizada, cuando quienes participan en ellos obran de buena fe y con sincero ánimo reconciliatorio pero, especialmente, cuando tienen clara voluntad de poner en práctica los convenios pactados.
- Los diálogos para dirimir los conflictos armados no liquidados con la victoria de una de las partes, se hacen entre enemigos actuantes. En consecuencia su realización no puede condicionarse al alto al fuego, cese de hostilidades o entrega de armas, cosas todas producto de los acuerdos a que se llegue.
- Por esa razón en Colombia en tanto se llevan a efecto los diálogos y se deriven de ellos los acuerdos de Paz, la guerra proseguirá con todos sus horrores.
- Esta sin duda irritante circunstancia exige, para que no cunda la desesperación, la desconfianza y el escepticismo entre la ciudadanía, una eficaz e inmediata concientización de la misma respecto a esa realidad.
- Los diálogos adelantados con sincero propósito de llegar a la Paz, una vez iniciados, no deben interrumpirse o abandonarse so pretexto alguno por ninguna de las partes representadas en ellos.
- En los diálogos deben estar representados, además de los actores de la guerra, los distintos estamentos de la sociedad civil incluyendo, obviamente, a los de las clases populares.
- Los diálogos deben concluir en pactos precisos.
- En esos pactos deben quedar señalados los procedimientos, organismos y asambleas a cuyo cargo estará darles desarrollo y cumplimiento.
- En esos organismos y asambleas deberán estar representados, ya no separada sino conjuntamente, todas las partes del conflicto como propulsoras y actoras que serán de la nueva vida nacional surgida de la paz.
- De los acuerdos de paz debe salir, pues, una nueva sociedad plenamente integrada distinta a la actual plenamente desintegrada.
- De los acuerdos de paz debe salir incólume la unidad política, territorial y geográfica nacional.
- Para la consecución de la Paz, los actores de los diálogos y de los acuerdos, como el resto de los colombianos, deberíamos tener grabados en la mente y el espíritu los principios de la tolerancia, el perdón y el respeto a la palabra empeñada pero, sobretodo, el amor a Colombia.

